

LOS DERECHOS DE LA TIERRA

Ricardo PÉREZ MONTFORT

Entonces la Tierra ¡qué lástima daba!
cuando Adán la andaba arando,
con mucha ternura, hasta sangre lloraba...
y atrás se le iba cerrando.
Hasta que dijo Jehová: —Ya Tierra, ¡dáte a perder!
Has de mantener a Adán, después te lo has de comer...

Bola Suriana de Adán y Eva¹

I

No cabe duda de que la llamada modernización ha sido uno de los grandes espejismos de los últimos dos siglos en México, sobre todo para la clase gobernante. Si bien bajo su cobertura se han dado logros económicos, políticos y sociales indiscutibles, también su imposición a ultranza ha generado muchas confrontaciones y no pocos procesos destructivos. A través de sus resultados extremos la modernización ha significado, para algunos, la vía fundamental para lograr “el progreso” a fines del siglo XIX y “el ansiado desarrollo estabilizador” a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Pero para otros sólo ha generado el despojo, la desarticulación de sus estructuras tradicionales y el paulatino olvido de sus valores identitarios.

A simple vista pareciera que ese progreso, o si se quiere “la muy contemporánea inserción del país y de sus recursos en la mundialización o globalización” sólo ha generado beneficios según quienes intentan imponerlos desde las posiciones del poder. En cambio, para quienes han padeci-

¹ Vicente T. Mendoza, *Lírica narrativa de México. El corrido*. México, UNAM, 1964.

do dicha imposición, ese nuevo orden ha sido sinónimo de abuso, inestabilidad, corrupción, arbitrariedad y, sobre todo transgresión a sus tradiciones, formas y posibilidades de existencia.

Pero hay que reconocer que la modernización como tal es un fenómeno mucho más complejo. No solamente toca los espacios económicos y sociales objetivos; su impulso trasciende naturalmente hasta el ámbito de lo cultural, lo subjetivo, lo íntimo, lo simbólico, lo imaginario.

Es lógico que la gente común y corriente no se oponga a aquellos procesos que le signifiquen algún bienestar, mejoras en su calidad de vida o cierta esperanza para sus congéneres y descendencias. Pero si eso sucede a costa de la falta de respeto a valores propios o a través de métodos poco transparentes, o simplemente afectando algún elemento de su vida que se considera importante, es decir: si se pretenden trastocar sus cotidianidades y tradiciones, la disposición a “modernizarse” puede más bien convertirse en confrontaciones, revueltas y hasta revoluciones.

Por eso mismo es importante el cuidado en los contenidos, las formas, los métodos y los convencimientos y, por qué no, de los derechos, en la dinámicas internas de los procesos modernizadores. Ya lo decía el muy discutido analista Samuel Huntington: “Lo que produce desorden político no es la ausencia de modernidad, sino los esfuerzos para lograrla”.²

Para hablar de ciertos derechos severamente afectados a la hora de imponer esta llevada y traída modernización por los gobiernos centrales, quisiera traer a colación un momento histórico escogido, con cierta mala leche, que muestra cómo existió y sigue existiendo una insistente proclividad por parte de ciertos sectores dominantes a negar tácitamente a otros “el derecho a tener derechos”, como diría Hanna Arendt. Quisiera pues remitirme a aquella confrontación que sufrió la ciudad de México con el zapatismo histórico a finales de 1914 y que mal que bien recuerda al movimiento de San Salvador Atenco vivido muy recientemente en este mismo año de 2002.

² Samuel P. Huntington, *El orden político en las sociedades en cambio*. Barcelona, Paidós, 1997.

II

Desde fines de noviembre de 1914, las fuerzas zapatistas ocuparon la ciudad de México, misma que era concebida como el trofeo más preciado y legitimador de los movimientos revolucionarios de aquel entonces. Al poco tiempo, los zapatistas fueron acompañados por villistas y por otros grupos que representaban a la Soberana Convención de Aguascalientes, que en ese entonces se erigía como la máxima expresión de un México que caminaba por el rumbo de “La Revolución”.

La presencia de las fuerzas de Villa y de Zapata en esta ciudad produjo un mezcla de temor y curiosidad. La unidad revolucionaria que se pregona-ba entonces dejaba en el aire, ante todo, una gran incertidumbre. Por un lado, el público vitoreó a los jefes y a sus soldados durante los desfiles militares, pero, por otro, ese mismo público se sorprendió ante las condiciones en las que se presentaban las infanterías revolucionarias, sobre todo las zapatistas.

El movimiento zapatista, surgido a partir de una lucha por recuperar tierras comunales afectadas por los procesos de modernización agroindustrial en el estado de Morelos, era temido por amplios sectores de la capital mexicana, gracias a un tratamiento particularmente negativo de sus líderes y sus hazañas por parte de la prensa capitalina. Su condición popular, indígena y campesina se reducía a una versión brutal del México primitivo y bronco, capaz de los mayores desmanes y barbaridades.

Desde mediados de aquel año de 1914, en los cerros aledaños al sur de la ciudad las fogatas que los rebeldes zapatistas encendían durante la noche parecían los símbolos premonitorios de algún desastre. Y la paulatina presencia de zapatistas por los rumbos de Tlalpan, de Tacubaya y finalmente hasta un costado del Palacio Nacional promovió la abundancia de rumores que intensificaron la inquietud capitalina. Aunque los zapatistas aparecían como “los más rudos entre los rudos”, curiosamente eran ordenados, incluso amables a la hora de tratar con los pobladores de los suburbios. Y citando al *Mexican Herald*, su comportamiento en general “atento, cortés, humilde, causó buena impresión”.³

³ Citado en Alan Knight, *La Revolución Mexicana. Del porfiriato al nuevo orden constitucional*. Vol 2. México, Grijalbo, 1986, p. 856.

John Womack afirma que a la hora de trascender las goteras de la ciudad: “[...] los primeros contingentes sureños entraron casi avergonzadamente en la capital. Por no conocer cuál era el papel que debían desempeñar, no saqueron ni practicaron el pillaje, sino como niños perdidos vagaron por las calles, tocando las puertas y pidiendo comida [...]”⁴

Y Laura Espejel y Salvador Rueda comentan: “Los campesinos se sintieron asustados ante el espectáculo de una gran ciudad, con sus avenidas, banquetas y gente que se vestía y comportaba diferente [...]”⁵

Se cuenta incluso que en una ocasión, al pasar un carro de bomberos su reacción fue tal que ante el ruido y las campanas le dispararon como si se tratara de un aparato de artillería enemiga, matando a doce bomberos.⁶ Lo cierto es que sí se trataba de un ambiente muy distinto al suyo y la ciudad no tardaría en mostrarles una cara particularmente agresiva. ¿Quiénes eran estos desarrapados que afeaban las otrora hermosas calles de la ciudad? ¿Tenían derecho a humillar de esa manera a los catrines y a los fífies urbanitas?

Desde el 25 de noviembre, Eufemio Zapata ya custodiaba las calles aleñañas al zócalo, y su tropa se hallaba acampando en los patios centrales de Palacio Nacional. Emiliano Zapata se presentó en la ciudad por vez primera el 27 de noviembre, apenas unos días antes de que veinte mil villistas en dieciocho trenes militares bajo el mando del mismísimo Pancho Villa se estacionaran en Tacuba.⁷ El 4 de diciembre Zapata se entrevistaría con Francisco Villa en Xochimilco y el 6 cabalgarían juntos en uno de los desfiles más populares que presenció la ciudad de México a lo largo de toda su experiencia revolucionaria, mismo que quedaría en el imaginario nacional gracias a las fotos de los Casasola y a los documentales del archivo Toscano.

Villa y Zapata cabalgaron juntos hasta llegar a Palacio Nacional. Ahí los recibió Eulalio Gutiérrez, entonces presidente provisional de la Soberana Convención de Aguascalientes, con quien pasaron revista al desfile desde el balcón central. Al paso de aquellos hombres armados, nuevamente resal-

⁴ John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*. México, Siglo XXI, 1969, p. 217.

⁵ Laura Espejel y Salvador Rueda, “Los ejércitos populares y la construcción de un gobierno nacional”, en *Así fue la Revolución Mexicana Vol 5. El triunfo de la Revolución*. México, Conafe, 1985, p. 862.

⁶ J. Womack Jr., *op. cit.*, p. 215.

⁷ Berta Ulloa, “La revolución escindida”, en *Historia de la Revolución Mexicana. Período 1914-1917*. México, El Colegio de México, 1979, p. 43.

taron las diferencias entre los hombres del norte y los del sur. Un reportero gráfico describió las columnas de la siguiente manera:

[...] Los habitantes de la ciudad de México no dejaban de admirar la caprichosa indumentaria de este temible ejército. Los soldados de la División del Norte, los famosos Dorados, varias brigadas llevaban sombreros de charro, otros sombreros tejanos y otros muchos, perfectamente uniformados con gorra militar [...] El Ejército del Sur se distinguía por la manera de vestir de sus hombres, pues la mayoría iban de calzón blanco, sombrero muy ancho de petate, donde podían acomodar su pan, el pañuelo y otras cosas de peso ligero [...]⁸

El desfile se prolongaría hasta las cinco de la tarde. Repetitivo, largo y tedioso les debió parecer a los jefes ver pasar a tanto contingente militar. Por eso, en un momento dado, Villa y Zapata, junto con algunos de sus seguidores decidieron visitar el interior del Palacio Nacional. Ahí dieron con la célebre silla presidencial. La gente se arremolinó a su alrededor, sin embargo, a petición de la prensa se logró replegar para producir la famosísima fotografía de “un Villa eufórico —según el mismo Womack— sonriendo sentado en la silla presidencial, que tenía a un hosco Zapata a su izquierda [...]”⁹ Esa foto se convertiría en el efímero símbolo de la unión entre los dos caudillos. Ninguno de los dos podía ocultar su actitud frente al otro y a los demás acompañantes. Villa fanfarrón y sonriente, Zapata receloso y cohibido. Esa fotografía también se convertiría en un clásico símbolo en el imaginario revolucionario no sólo de México sino de muchos otros lugares del orbe.

Cerca de las cuatro de la tarde ese mismo 6 de noviembre, los visitantes del Palacio fueron invitados al comedor donde se sirvió un “lunch” que convidaba el presidente provisional Eulalio Gutiérrez.

Si se atiende a lo que dicen los documentales, las fotografías y la mayoría de los testimonios, dicha comida y las demás actividades programadas para Emiliano Zapata y sus seguidores contribuyeron a que a cada instante se sintieran cada vez más incómodos. Ajeno a los desplantes publicitarios, Zapata no desaprovechó la primera oportunidad para escapar de aquellas

⁸ Agustín Casasola, *Historia gráfica de la Revolución 1900-1940. Cuaderno No. 10.* México, Archivo Casasola, 1940, p. 873.

⁹ J. Womack Jr., *op. cit.*, p. 218.

aglomeraciones. Poco más de un mes después, el 9 de diciembre, encabezando una columna de zapatistas dispuestos a tomar la ciudad de Puebla, abandonó la ciudad de México para ya no volver.

Mientras una ciudad catrina y “moderna” manifestaba su animadversión en contra de los villistas de manera cuidada y temerosa, sus desplantes frente a los zapatistas fueron particularmente ofensivos. Si bien en un principio les tuvo cierto recelo, posteriormente una actitud condescendiente, no ajena al tono racista, se dejó sentir en los ambientes en donde su presencia contrastaba con la de los afanes cosmopolitas.

Tildar de pintoresco el hecho de que los zapatistas se acercaran a la barra del restaurante Sanborn’s a pedir un pan y un chocolate implicaba una posición de supuesta superioridad frente a los campesinos armados que estaban ahí como consecuencia de la lucha por lo que consideraba el derecho a su propia tierra. La imagen de aquel hombre con su enorme cicatriz acompañado por otro de tez morena que tomaba su taza en dicho restaurante se convertiría en símbolo del “pueblo” ocupando los espacios que por costumbre tenía vedados. ¿Tenían derecho a hacerlo? Para algunos capitalinos la respuesta era contundentemente negativa. El simple hecho de que esa fotografía se convirtiera en un emblema de la presencia de los zapatistas en la ciudad de México ya es indicativo de una distinción entre “ellos” y “nosotros” por parte, no sólo de quien tomó la foto, sino de quienes la reprodujeron a diestra y siniestra a partir de entonces. Habría quizás que preguntarse ¿a qué responde tanta insistencia en esa fotografía a la hora de representar a la revolución mexicana? ¿Es un descargo de conciencia de la inconsistencia de los regímenes posrevolucionarios? ¿Es una justificación de la presencia del pueblo en dicho proceso? ¿Es una muestra del trastocamiento de valores que produce una revolución? El significado de esa fotografía puede quedar a discusión, por lo pronto volvamos a esos fines de 1914 en la ciudad de México.

El ambiente urbano al que tan mal se allegaban los surianos se burlaba de ellos de muy distintas maneras. En un principio las crónicas se referían a lo fuera de lugar que se encontraban los zapatistas en los ambientes aburguesados de esa capital que mal que bien salía de su abulia provinciana gracias a los recientes acontecimientos políticos y militares. Poco a poco las crónicas y los reportajes empezaron a tratar a los zapatistas como menores de edad, muy al estilo de aquella visión de superioridad con que las clases dominantes se acercan a sus dominados y, en México, particularmente con los indígenas. Una de esas crónicas decía por ejemplo:

Lo mismo dormían en elegantes palacetes que en los mesones y patios del Palacio Nacional. Hubo jefes que se distinguían por lo pintoresco de su lenguaje [...] A la mayoría les gustaban mucho los cuentos, las anécdotas, los chascarrillos, etc. [...] Resultaría prolijo enumerar cada una de las anécdotas de los jefes de los distintos bandos que operan en el país; pero vamos a reseñar algunas de las que se acercan más a la verdad:

En una ocasión le dijeron al general X [...] que el coronel Z [...] estaba armando mayúsculo escándalo, embriagándose con el mayor cinismo. Al recibir la queja el general les dijo “Dejen al coronel que haga lo que quiera, nomás tráiganme a ese ‘Mayor Cinismo’ [...]”¹⁰

El trato hacia los zapatistas en estos términos, que pretendían ser populares, no dejó de ser condescendiente, pero ya en el nivel de confrontación política, el desprecio y la mala sangre se destilaban con mayor intensidad. Quizá una de la plumas más célebres que mostrara esta arrogancia y complejo de clase fue la de Martín Luis Guzmán. A la hora de narrar su encuentro con Eufemio Zapata durante un recorrido en el Palacio Nacional, la figura del sureño le valió las siguientes expresiones:

Eufemio subía como un caballerango que se cree de súbito presidente. Había en el modo como su zapato pisaba la alfombra una incompatibilidad entre alfombra y zapato; en la manera como su mano se apoyaba en la barandilla, una incompatibilidad entre barandilla y mano. Cada vez que movía el pie, el pie se sorprendía de no tropezar con las breñas; cada vez que alargaba la mano buscaba en balde la corteza del árbol o la arista de la piedra en bruto. Con sólo mirarlo a él, se comprendía que le faltaba allí todo lo que merecía estar a su alrededor y que, para él, sobraba cuanto ahora lo rodeaba [...]”¹¹

Según propia confesión, los zapatistas le generaban a Martín Luis Guzmán primero, ternura, “la simpleza y el candor” y después, inevitablemente, repulsión y asco por “las atmósferas lechosas y pestilentes” en donde estaban concentrados quienes habitaban los corrales de Palacio Nacional. Por varios momentos, al novelista metido a político se le apareció el espectro de la sensibilidad ante el drama de la pobreza mexicana y de su actitud rebelde. Frente a una valla de zapatistas hizo la siguiente reflexión:

¹⁰A. Casasola, *op. cit.*, p. 880.

¹¹ Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*. México, Colección Málaga, 1978, p. 384.

Formaban una doble figura extrañamente lejana y quieta. Todo lo veían muy juntos, sin hablar, descubiertas las cabezas, de cabellera gruesa y apelmazada, humildemente cogidos con ambas manos el sombrero de palma. Su tierna concentración, azorada y casi religiosa, sí representaba allí una verdad. Pero nosotros ¿qué representábamos? [...]”¹²

Ese “nosotros” establecía tácitamente una diferencia que expelía cierto tufillo de superioridad. Lamentablemente Martín Luis Guzmán no respondió a esa pregunta en su texto. Sin embargo, valdría la pena, para concluir, extender la pregunta a lo que finalmente representaron esos zapatistas para la ciudad de México en ese fin de año de 1914 y principios de 1915.

En primera instancia mostraron lo incompatibles que resultaban los proyectos revolucionarios nacidos entre espacios urbanos y comunidades rurales, entre clases medias o aristocráticas y sectores populares y campesinos. Para estos últimos la autoridad no estaba en un individuo o en un lugar, sino ese espacio etéreo que se designaba con los sustantivos: las gentes o los pueblos, que a su vez eran sinónimos de miserables, campiranos, iletrados y masivos. Como parte de los actores fundamentales del momento, impuestos por la mismísima realidad en el escenario político, económico y social, ese pueblo zapatista se mostró en la ciudad de México como una evidencia de la falta de reconocimiento a los derechos, y quizás hasta a la propia existencia, de un amplísimo sector del país. “Para los zapatistas —diría un historiador inglés—, la ciudad era un gran tumor y ocuparla, era una penosa obligación que dictaban las necesidades estratégicas de Morelos [...] No acometieron la tarea con entusiasmo [...]”¹³

A la primera oportunidad se regresaron a su estado natal y ahí emprendieron su propia revolución, pero para la ciudad de México los zapatistas significaron una clara prueba de realidad nacional. Muy lejos de lo que representaba el ideal urbano y moderno del progreso occidental, los rebeldes posesionados de las calles, casas y espacios públicos mostraban que la ilusión de alcanzar aquel modelo debía contar con una amplia gama de variables implícita en una pluralidad poblacional, racial y cultural. Ante aquellos ojos urbanitas listos para mirar el futuro cosmopolita, un mundo atrasado, primitivo, violento, ignorante y pobre se manifestaba como el principal espectro que impediría el acceso a su ansiada modernidad.

¹² *Ibid.*, p. 385.

¹³ A. Knight, *op. cit.*, p. 857.

La posibilidad de que aquel pueblo zapatista —piénsese en su condición de campirano, iletrado y masivo pero con derechos y capacidades propias— formara parte del llamado proyecto nacional implicaría un gran esfuerzo que muchos revolucionarios contemporáneos y de épocas posteriores intentarían resolver, incorporándolos a un modelo de desarrollo que pareció concluir en los hechos en 1940 y, en el discurso, quizás hasta el 2000.

Para otros, no tan revolucionarios y muy contemporáneos nuestros, aquellos mismos sujetos de la historia mexicana habría más bien que irlos olvidando y con ello eliminándoles su lugar en el mundo. La ciudad como modelo de modernidad no le ofreció espacio alguno que no fuera marginal o secundario. Y el campo, en esa misma concepción, también se les fue cerrando. Su derecho a la tierra, es decir a su existencia misma, que fue quizás la causa principal por la que se fueron a la guerra en 1910, se puso en entredicho. La modernidad no se los fue respetando y quizás hasta hoy no se les toma muy en cuenta.

¿No es eso algo semejante a lo que pasó recientemente con los pobladores del Valle de Texcoco ante el fallido proyecto de hacer un aeropuerto; es decir, un proyecto de modernización, en tierras de quienes no se considera que tienen derecho a ellas?

El surgimiento de los machetes como símbolo de la lucha de San Salvador Atenco y demás pueblos del Valle de Texcoco en contra de una decisión del gobierno federal de erigir un representante de la modernización (el aeropuerto) en sus tierras, ha sido, desde mi punto de vista, un claro ejemplo contemporáneo de lo que puede suceder cuando se pretende imponer un modelo de modernización sin consenso, lo mismo que ocurrió con el régimen profiriano a la hora de tratar de modernizar el campo mexicano afectando las tierras comunales del pueblo morelense. La afectación no sólo de las tierras, sino de las formas de organización, de las estructuras tradicionales y, desde luego, de la identidad de los pueblos con el pretexto de atender necesidades o veleidades nacionales o particulares sigue generando conflictos políticos de mayor envergadura.

III

Hace poco más de medio siglo, Octavio Paz, al esbozar algunas características subjetivas de los habitantes de este país, escribía que por miedo a las

apariencias los mexicanos se volvían sólo apariencias, simulaciones y disimulaciones.

No sólo nos disimulamos nosotros mismos y nos hacemos transparentes y fantasmales: también disimulamos la existencia de nuestros semejantes. No quiero decir que los ignoremos o los hagamos menos, actos deliberados y soberbios. Los disimulamos de manera más definitiva y radical: los ninguneamos [...]”¹⁴

Quizás no fue el ninguneo lo que caracterizó la relación entre la ciudad de México y los zapatistas en 1914, pero a partir de entonces ¿no ha sido el ninguneo la forma de tratar a los campesinos por parte del gobierno en este país? ¿Qué peor forma existirá de ningunear al otro que simular el hecho de que tiene derechos, pero que no se contemplan, respetan y atienden? ¿No es el ninguneo una de las mayores afrentas que puede hacerle un ser humano a otro a la hora de definir sus valores, sus cotidianidades, sus identidades? ¿Tiene el poder legítimamente constituido el derecho a ningunear el derecho de aquellos a los que gobierna?

A juicio de aparecer un tanto simple, el trato que el Porfiriato dio a los problemas de la tierra y el campesinado nacionales estuvo plagado de ninguneos, por ello la rebeldía no pudo contenerse. Los gobiernos posrevolucionarios pusieron particular atención en la mediatización de los movimientos campesinos y aún así, ante un selectivo ninguneo, surgieron confrontaciones y rebeldías, mismas que han plagado a la historia extraoficial del siglo XX mexicano.

Y muy recientemente, buena parte de la torpeza con que la actual administración llevó a cabo la implantación del proyecto del nuevo aeropuerto en el Valle de Texcoco para luego dar marcha atrás, se debió a ese ninguneo con el que trató a los texcocanos y que justificó con las necesidades de la modernización. Al ningunearlos, el gobierno pasó por encima del amor a la tierra, las tradiciones, las identidades, en fin: los derechos de los pobladores de dicho valle. Su lucha tiene entonces un sentido que parece un tanto obvio pero hay que decirlo: nadie tiene derecho a ningunear el derecho del otro.

¹⁴ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económica, 1950, p. 40.

Ojalá que el ejemplo de aquellos zapatistas de antaño y de la actual lucha de San Salvador Atenco y sus pueblos vecinos por su derecho a subsistir con sus tierras y sus tradiciones, con su organización y su identidad, sirva para generar una conciencia sobre la importancia que tiene el respeto a los derechos de los pueblos, los campos y las ciudades de México, y de paso que también sirva para que la palabra “ningunear” poco a poco se vaya erradicando del repertorio de los mexicanos contemporáneos.